

## Del amor, del cuidado y de transmitir un deseo

### Entrevista a Mari Hechim

Juan Pascual

UNER

juanepascual@fibertel.com.ar

Mari Hechim es profesora y licenciada en Letras, Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL Santa Fe. Se especializó en análisis del discurso. Docente de la carrera de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL, en la que se desempeñó como directora del Departamento de Letras, fue consejera docente e integrante de comisiones académicas y comités científicos en su especialidad. Profesora ordinaria en la cátedra de Historia de la Lengua y, por extensión, en Pragmática y Análisis del Discurso; también fue docente de la Escuela Provincial de Teatro de Santa Fe, en Historia del Teatro y Filosofía de la Cultura y en institutos de formación docente, en el área de lengua. Ha desarrollado un vasto trabajo de investigación —como docente investigadora categorizada, dirigiendo e integrando equipos— en torno a las relaciones entre el lenguaje, la producción de subjetividad y la producción de lo social, estudiando desde las nuevas tecnologías, la comunicación, hasta los procesos de lectura y escritura, poniendo en diálogo los campos de la lingüística, semiótica, crítica literaria y el marxismo. Ha publicado numerosos artículos de crítica literaria en medios locales y nacionales, es autora de decenas de artículos científicos sobre su campo de estudio. Ha sido miembro del Comité de Dirección de las revistas *Texturas*. Estudios interdisciplinarios sobre el discurso entre 2001 y 2009 y de *Kafk, lenguaje y acciones* desde 2008 al 2011. Forma parte de espacios de producción cultural de la ciudad de Santa Fe; en especial, ha codirigido el libro *Contar la inundación* y ha publicado el libro *Antología de poesía joven santafesina*, junto a los escritores Fernando Callero y Francisco Bitar. Desde hace algunos años es columnista en la sección literaria del periódico *Pausa* de Santa Fe, dirigido por Ezequiel Nieva y Juan Pascual.

La mano que guía la masa que golpea el cincel que esculpe la imagen de uno mismo. La palabra que alienta el camino que revela una forma, un modo, un mecanismo de pensamiento y de acción. Las metáforas son muchas, antiguas, su enumeración siempre será insuficiente. Nos es negada, por la distancia y el mito, la experiencia de un discipulado oriental. Porque no hay escritura posible de los maestros sino siempre la observación fascinada de los discípulos. Mari Hechim, la Turca, ocupó varias aulas, su huella se marcó sobre todo en la Escuela de Teatro y la Facultad de Humanidades y Ciencias (antigua Facultad de Formación Docente, nombre acaso más honesto y sin el defecto de la clasificación). No estuve en ninguna de ellas, sino en la mesa de su hogar. Un lugar donde se arremolinaron varias décadas de construcción cultural y política de la ciudad, alrededor del vino, la carne y los cigarrillos. Se dice que para lograr el buen gobierno de sí mismo hay que aprender reglas y técnicas de cuidado de uno mismo. La Turca es una maestra porque entiende que al otro se lo ama como es, porque muestra sin espectáculos qué significa cuidar del otro.

**Juan Pascual:** ¿Cómo fue que empezaste a dar clases?

**Mari Hechim:** Por desesperación, porque no tenía trabajo. No me imaginaba a mí misma como docente. Me quedé sin trabajo y había hecho el Profesorado y la Licenciatura en Letras y dije: «Bueno, trabajaré de esto por ahora». Y no, seguí. Eso fue a fines del 84, principios del 85. En el 87 se enfermó Elsa Ghio, que daba Historia de la Lengua —que es la peor materia de Letras— y me dijo «reemplazame». Eso en la Universidad no pasa (eso de que vos traigas alguien de afuera), pero todavía no estaba normalizada la facultad. La reemplacé unos días y subió al decanato un profesor de matemáticas muy interesante, la mujer era secretaria académica y era amiga de Elsitá. Entonces yo me iba de la Facultad y me dijo: «Mari, ¿vos querés trabajar en la Facultad?» Y yo le dije que sí. Y me dijo «entonces concursá»

**J.P.:** ¿Cuántos años tenías?

**M.H.:** Muchos. En el 87 tenía 38. Me anoté para concursar Introducción a la Lingüística y la Literatura, que era una materia de primer año, sencilla. Y los profesores se quejaron y no se hizo el concurso. Se impugnó el concurso. Entonces, venía el de Historia de la Lengua, que abarca historia, lingüística y latín, y yo no sabía ninguna de las tres cosas. Y Elsa Ghio, que fue mi colega y amiga en ese momento, que era la que estaba a cargo de la materia, me enseñó todo. Concurse Historia de la Lengua con un cargo chiquitito, una dedicación simple. Yo tenía una hija. Entonces justo se murió una profesora que daba las dos lingüísticas y le dije al decano: «Dame las dos lingüísticas y un cargo más»; y todos me decían «¿qué?, ¿vas a dar lingüística?», entonces yo estudiaba de seis a ocho horas por día. Fui aprendiendo. Un amigo me decía: «¿Cómo vas a

dar lingüística si no sabes nada?» y yo le decía «pero voy a aprender». Cuando vos empezás a leer desde muy chiquitita, tenía diez años cuando empecé a leerme todo, hay un momento en el cual has leído tanto de tantos héroes y de tantas heroínas, que te crees que sos capaz de cualquier cosa. Yo miedo a la gente, a las instituciones, no tengo, y me he chocado contra la pared mil veces, pero a mí me da la impresión de que tengo mi propia novela. Cuando tenía 20 años dije: «Yo me voy a ir de esta casa», porque mi mamá me hacía la vida imposible; y a mí me parecía que una nena podía hacer cualquier cosa, y me fui. Después no me la aguanté: imagináte que lloré un año entero. Pero hago esas cosas, ¿por qué no? ¿Por qué no voy a hacer *vitraux* aunque tenga 65 años? No me importa fracasar, aunque fracase. Yo pienso que es por tanta literatura.

**J. P.:** ¿Cómo era la relación con Elsa en ese momento?

**M. H.:** Perfecta, éramos re complementarias. Trabajábamos juntas en todos lados. Cuando nosotras empezamos a hacer investigación en ciencias sociales, que fue al año siguiente, en Santa Fe no había nada. Empezamos a hacer investigación completamente solas; pero Elsa es muy talentosa, es muy inteligente y desde los 18 años que estaba en la facultad dando clases. Así que bueno, me prestó todos los libros y me enseñó todo lo que tenía que saber para concursar con cierta decencia.

**J. P.:** ¿En algún momento notaste que establecías una relación con los estudiantes diferente a la que establecían tus colegas?

**M. H.:** Sí. Tengo amigos que fueron alumnos: Claudia Chamudis, Juan Vergara, siguen siendo amigos. La profesora de Literatura Argentina se escandalizó por lo que decía de Fernando Callero, dijo que yo era muy desenfadada y arrogante. Me contaron que ella decía que yo era loca, porque decía que Fernando era un gran escritor. Otra profesora que era muy venerable me dijo que yo no parecía profesora universitaria, en realidad, me dijo que tenía cara de hindú y que mi ropa no tenía nada que ver con la ropa de los profesores universitarios. Por muchos lados me venía esto de «vos no parece la función que desempeñas». Es muy sencillo: casi todos los profesores de Letras de la Facultad o vienen de la Católica o son gente del centro, yo soy una piba de barrio. Suponete, si tenemos que escribir algo, para tal cosa, yo escribo. A mí no me importa si está bien o mal, si le gusta a alguien o no. Yo sí soy desenfadada en el sentido ese de que no son desenfadados los profesores universitarios. Suponete: se puso de novia una de mis estudiantes con un colega que era casado, y me contó. Él estaba desesperado, a mí nada me escandaliza, nada. Y charlábamos.

**J. P.:** Son escenas que pasan fuera del aula

**M.H.:** En el aula soy muy autoritaria. Por ejemplo, en la Escuela de Teatro, que llegaba la primavera y se ponían todos locos. Yo los hacía callar a todos. «Chau, callensé. Yo vengo a trabajar, a mí me pagan por estar acá; ustedes se callan y aprenden». Yo no me hago problemas por eso.

**J.P.:** Pero hasta ahí estás gruñendo, ¿cómo es que los estudiantes pegaban onda?

**M.H.:** No, no es retarlos, es poner límites. «Yo vengo a trabajar, es de noche, me quiero ir a mi casa. Doy mi clase, ustedes después hacen lo que quieren»; y algo fundamental: acá nadie está obligado a quedarse. El que se quiere ir del curso, se va. Yo ni me acuerdo, no va a haber ni revancha ni venganza. Acá se queda el que quiere escuchar en clase; el que no quiere, se va.

**J.P.:** Hay mucha gente que hace eso y lo único que hace es exhibir su imposición y nada más.

**M.H.:** A mí me resulta muy fácil ponerme en el lugar del otro. Yo empatizo enseguida, me doy cuenta de lo que pasa. Vos entrás a un aula y te das cuenta. Nosotros tenemos en Análisis del Discurso un grupo de seis pibas que son geniales. Viste cuando entrás al aula y no te cambia nada, estás relajada. Yo empatizo enseguida con los estudiantes, me pongo en el lugar. Odiaba ir a clase cuando era piba, salvo algunas excepciones. Entonces, creo que la transmisión tiene que ver con el amor fundamentalmente; pero no con el amor a los estudiantes sino con el amor a tu disciplina. Si lo que vos estás diciendo es algo que vos amaste de algún modo, vas a poder transmitirlo con esa palabra precisa.

**J.P.:** ¿Transmitir un deseo?

**M.H.:** Creo que sí, creo que se trata de eso. Porque yo le pregunto a mis alumnos, que van a ser profesores, «¿qué recuerdan ustedes de sus profesores del secundario? ¿Qué profesores les gustaban?». Y los chicos la tienen re clara, te dicen: «Los profesores que daban clases y te hacían amar la materia». Pero no te dicen «el profesor que tomaba café con nosotros en el recreo». Los estudiantes respetan y aman a los profesores que les dan clases, no a los profesores que son *amiguitos, compañeritos*.

**J.P.:** Dijiste que había algunas excepciones dentro de esos profesores que vos tuviste, ¿cuáles son?

**M.H.:** Aldo Oliva. Yo cursaba la carrera locamente, en los dos primeros años hice la mitad de la carrera y después en los otros dos años no rendí casi nada. 24 materias en los dos primeros años y dos materias en los

otros dos que me fui de mi casa. Después aceleré y terminé, quedé presa y se me atrasó la carrera, pero ya la estaba terminando. Los sábados venía de Rosario un tipo que era escritor (se recibió de profesor de Letras a los 60 años), era un gran intelectual y un gran poeta, que es Aldo Oliva. Tenía cursos en Santa Fe y en otros lugares —creo que en Paraná y Rosario también— y daba clases de dos horas a cada grupo de diez personas (le pagábamos). El curso de él era bastante largo. Según dicen, arrancaba con Revolución Industrial, Revolución francesa, Descartes, Kant, Hegel y Marx. Era un gran curso. Yo hice un año de Hegel y un año de marxismo. Era feliz ahí. Él se iba y nosotros nos juntábamos con todos los libros de Marx, porque lo que estudiamos en un año fue la introducción de *La ideología alemana* y nada más. Palabra por palabra: este concepto de «estructura social», en Hegel es «sociedad civil»... tenías que rastrear en todos los libros de Marx para estudiar una cosita, y a mí me apasionaba. Y de Hegel estudiamos la Introducción de *Fenomenología del Espíritu*. Hegel escribe horrible. Aldo era tan cálido, te machacaba la cabeza con los *Manuscritos*. Él empezaba a hablar de filosofía, economía política o lo que fuera, y terminaba hablando de cine, de arquitectura, de literatura, recitaba a Baudelaire en francés, se le caían las lágrimas y nosotros también llorábamos. Después, a la noche, algunos privilegiados nos íbamos a tomar un vino con él; y él seguía hablando. Fuimos muy amigos, yo lo amaba completamente, sabía todo. Ese fue un maestro. Mi maestro de la Universidad fue él, pero fuera de la Universidad, los sábados a la siesta, durante dos horas. Después, el resto de la semana, yo esperaba el sábado siguiente y en las materias iba quedando libre.

**J.P.:** ¿Y qué hay de esos encuentros en tus clases?

**M.H.:** Todo. Yo me hago acordar a Aldo, no sé por qué. Yo aprendí algo con Aldo. Me di cuenta de eso en la cárcel, porque yo me veía muy tímida a mí misma —aunque todos me decían que no era tímida—, y cuando nos sacaron la biblioteca —teníamos una enorme— nos tuvimos que arreglar con lo que cada uno sabía. Hacíamos teatro, escribía obras de teatro, las dirigía, las actuaba y daba clases de francés —yo había hecho los cuatro años de francés de la facultad y uno más—, daba clases de marxismo, daba clases de literatura, me estudié dos veces un libro de economía política de la Academia de Ciencias la URSS, se los hice estudiar a todos. Se trata de congregar, que te dan pelota, que tenés autoridad. «Quieren que hagamos unos ceniceros para una confitería de Mendoza —porque hacíamos cerámica— y nos quieren pagar \$10 por cada cenicerito», yo decía: «No, yo voy a negociar el precio». Entonces le decía «50 o nada, ¿para qué vamos a trabajar gratis?». Yo a esas cosas las hacía muy rápido. A veces era muy gracioso. Una vez le pedí a una amiga, Cobi, «un libro de Engels, que los milicos no deben conocer, que se llamaba *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*» y

la flaca me manda el libro y me llama el director y me dice: «Perdone, pero no le podemos dar este libro». Le digo: «¿Por qué no, si es Engels?». Y me responde «porque acá atrás dice: Engels es el padre del marxismo junto con Marx». Y yo le digo a mi amiga: «Flaca, ¿cómo no le sacaste la contratapa?» Muy gracioso. Teníamos una biblioteca tremenda. Después, el día del golpe nos sacaron todo. Yo me guardé las obras completas de Vallejo y le fui sacando hojas para hacerla cada vez más chiquita, porque en las requisas te sacaban todo.

**J.P.:** En la cárcel fueron tus primeras clases, ¿cómo fue esa experiencia?

**M.H.:** Estuve dos años presa y salí completamente loca. Hay dos etapas fundamentales: antes del golpe y después del golpe. Antes del golpe, como decía un compañero, daba gusto estar preso, porque teníamos un montón de libros, nos venían a visitar los familiares, nos traían pollo a la parrilla. Y después nada. Por ejemplo, hasta seis meses después del golpe no tuvimos visitas y no tuvimos más libros. Por ahí las presas comunes te hacían una seña y te dejaban un libro en el baño, pero un libro de Agatha Christie, que yo ya los había leído. Y entonces empezamos a inventar cosas, por ejemplo, hacíamos juegos de ajedrez con migas de pan; para volverlas negras las teñíamos con cenizas. Vos amasas la miga varias veces y queda muy duro, entonces teníamos partidas interminables.

**J.P.:** ¿Y las clases sobre qué eran?

**M.H.:** Daba todo lo que yo creía saber: francés, marxismo, literatura, teatro. Tenía mucha capacidad de organización. Y tenía esta cuestión de que vienen y te cuentan cosas. Creo que doy la impresión de ser muy segura. Mi hija, Laura, dice que yo sé proteger. Es lindo eso. Es posible que sí. Yo en la cárcel me di cuenta de que tenía capacidad de organización. Las chicas te van educando para que no te aísles, porque al principio lo único que quería era quedarme encerrada leyendo y que nadie me jodiera. Pero vienen a decirte: «Mirá, intégrate a la gimnasia». A mí no me gustaba andar corriendo y saltando los bancos del patio, pero bueno...

**J.P.:** Pero era la organización adentro de la cárcel.

**M.H.:** Sí, había una organización muy vertical. Éramos gente de tres organizaciones y los responsables se reunían por su cuenta para transmitir a los demás quién caía, por qué, si había cantado, si había que cuidarse de tal o cual compañera, ese tipo de cosas. Yo terminé siendo responsable de mis compañeras. Éramos tres por la Organización Comunista Poder Obrero, el OCPO. Entonces yo asumí eso, rápido.

**J.P.:** ¿En dónde se daban esos encuentros?

**M.H.:** En las celdas, con campanas. Tenías que tener campana, porque no podías hacer nada. Para hacer gimnasia también, había campanas que caminaban por la galería mientras adentro en cada celda había grupos de a dos o de a tres, porque tampoco nos dejaban hacer gimnasia. Después del golpe fue un infierno. Ahí me empecé a volver loca mal, porque caía gente cualquiera... Madres, hermanos, mujeres grandes que ni ropa habían traído y teníamos que hacerles ropa con las sábanas. Era una locura eso. Yo me fui volviendo loca sin darme cuenta; en la última etapa, más o menos un mes y medio antes de salir, me volví anoréxica. Me di cuenta y me obligaba a comer carne por ejemplo; pero no quería vivir, no sentía que tuviera ganas de vivir. Es terrible, la cárcel es terrible. Cuando dicen «ay, le dieron 25 años»... dos días en la cárcel son espantosos.

**J.P.:** ¿Tu experiencia en la cárcel te sirvió para las clases en la facultad o en la escuela de teatro?

**M.H.:** Seguro que sí, pero no sé...

**J.P.:** Porque son temas parecidos, dabas marxismo, Literatura también.

**M.H.:** Yo no doy Literatura. Yo doy Análisis del Discurso, Lingüística, Pragmática, Historia de la Lengua, no tengo ninguna Literatura. Sí, la literatura es constitutiva. Mirá, yo tenía 10 años y estaba llorando en el curso y vino mi maestra y me dijo: «¿Por qué llorás?». Y yo no sabía por qué lloraba, yo lloraba por cualquier cosa. Y me dijo: «Bueno María Angélica, después en el recreo charlamos». Me llevó a la biblioteca y me dijo: «Yo te voy a dar un libro para que vos leas». En casa no había libros; ella como que pensó, «con todo este paquete de sensibilidad desatado algo hay que hacer». Entonces ella me hizo leer todos los libros de la biblioteca, me daba uno por semana y yo los leía. Después me sugirió que escribiera un diario. Porque los primeros libros que leí fueron *Amor: el diario de Daniel*, *Dar: el diario de Ana María* y *El diario de Ana Frank*. Ella me iba dando libros y me iba guiando para el tema del diario ¡mi maestra era una genia! Yo terminé el primario a los 12 años, ella todo el tiempo fue mi maestra. Después, por ejemplo, a mis 50 años, cuando vivía acá con Laura, ella nos vino a visitar con una foto de mi curso. Vino a conocer a Laura, y era una señora anciana, re jubilada, que iba a los geriátricos a leerle a los ancianos. Yo pienso en ella y me da una cosa. Es alguien que te quiere, que te guía, que te apoya. Yo tenía 20 años e iba a hablar con ella de los problemas que tenía con mi novio. Se llamaba Alcira Giupponi de Tellier. Era una mujer muy católica, muy buena gente y que a mí me conocía perfectamente, y a todos. Lo que yo soy ahora es lo que ella hizo en ese momento. Era una mujer extraordinaria. Empecé a ir a misa todos los domingos y, cuando terminé el primario, ella le dijo a mi mamá que me iba a conseguir una beca en

el Calvario o en Adoratrices, y yo dije que no. No era una influencia tan salvaje que me desubjetivara respecto de mí misma. Yo sabía quién era. Yo era muy inteligente a los 12 años; fue el momento de mayor inteligencia de mi vida. Quería estudiar astronomía, la tenía re clara; ¿por qué después estudié Letras en vez de Matemáticas o Astronomía? No sé.

**J.P.:** ¿Por qué estudiaste Letras?

**M.H.:** Porque no tenía otra cosa. Porque mi mamá no me podía pagar Filosofía en Rosario, que era lo que yo quería estudiar. Estaba en un grupo político y me dijeron que necesitaban gente en el profesorado y yo dije «bueno». Pero volviendo a lo de esta señora, no era una persona que te pasara por encima de lo que vos sos, de lo que vos crees. Yo creí en Dios hasta los 15 años, cuando me echaron de la Iglesia, pero mi hermana Graciela iba al Comercial, la otra iba al Normal, ¿y yo iba a ir a la escuela de monjas? No. Una vez un estúpido escribió en la esquina de la escuela «María Angélica puta». Imaginate, yo vengo de mi casa a la escuela y veo ese cartel ahí, en una madera. Todos se reían, yo me quería matar. Y llegué a la escuela y justo era el día de la primavera y nos íbamos todos al Jardín Botánico. ¿Sabés lo que hizo mi maestra? Nos dijo: «Lleven un trapo mojado y borrenlo». Y yo dije «Ya sé quién es: un boludo que quería andar conmigo y yo no le daba bola», y nunca más se habló del tema. Viste esa gente que te desdramatiza, que no viene después y te dice «ay, ¿cómo estás?, ¿cómo quedaste después de esa experiencia espantosa?». No, se terminó. En psicoanálisis se llama no hacer consistir algo. Yo pienso que esa mujer tenía vocación. Si hay algo que se llama vocación, ella la tenía.

**Carina Muñoz:** Entonces vos ves en Alcira eso de enseñar en relación a lo que el sujeto necesita. Enseñar teniendo en la mira algo del cuidado al otro.

**M.H.:** Y escuchar. Una vez dijo: «hoy van a decir la lección Miguel Ángel, Rubén, Liliana y María Angélica». Entonces, me paré y le dije «yo no estudié» y me dijo: «Sientesé». Cuando terminó Liliana, preguntó: «¿Dejamos a María Angélica para mañana?». Se hizo la desentendida. Eso te educa, las acciones te educan, no el palabrerío, sino las cosas que hace alguien.

**C.M.:** Ahí hay una apuesta fuerte en el sentido de que te dice «Mañana lo haces», es decir, no hay dudas de que lo vas a hacer.

**M.H.:** Sí, a veces yo me pasaba de lista porque me sentía muy protegida. Entonces una vez me hizo estar parada, mirando la pared por 15 minutos, porque dije «ay, me duele la panza» y me dijo «María Angélica no se dice panza, se dice estómago», y yo le dije «Ay, pero es que a mí me duele la panza». Me hice la viva. Y me dijo «Paresé ahí, contra la pared, hasta que yo le diga».

**C.M.:** Pero ahí hay dos figuras: la de Aldo y Alcira, con eso que te digo de proteger y cuidar a ese otro que está ahí, más allá del contenido.

**M.H.:** Y Aldo era igual. Una vez estábamos tomando café con una amiga y Aldo, y mi amiga me dice: «Pará de mover las manos». Yo estaba hablando y era muy gesticulante cuando era más piba. Y Aldo dijo: «¿Qué te molesta?». Fue tan lindo. Es un *afecto* en el sentido de Spinoza: vos te afectas por el otro. Es estar afectado por el otro de un modo que vos entendés. Yo me he peleado con alumnos, a los gritos, y he pedido disculpas, casi llorando; porque con los desacuerdos no hay forma. Yo discuto, a mí me gusta discutir. Hasta la muerte discuto.

**J.P.:** Los principales hechos no son cosas organizadas ni grandes, son espacios que están fuera del registro.

**M.H.:** Cosas mínimas. Por ejemplo: mi papá creía que yo era muy inteligente. Él me inventó a mí que yo soy inteligente, porque mi hermana —que me llevaba dos años— venía de la escuela y me enseñaba cosas y yo las aprendía. Yo tenía cuatro años, ella tenía seis. Todo lo que ella me decía era perfecto, yo aprendía lo mismo que ella y entonces mi papá me decía: «Pero esta chica debería llamarse María Luz». Claro, era un juego. Entonces mi papá me dio un nombre, inventó que yo era inteligente y creo que me lo creí. Mi papá tuvo un rol muy importante, porque soy la cuarta hija mujer. Imaginate lo que es tener cinco hijos. Mi hermano nació cuando yo tenía dos años. Mi mamá vivía loca. Yo me imagino con cinco hijos y ya me estoy matando. Entonces nadie me daba pelota, yo me enfermaba de todo, porque reclamaba atención desesperadamente, todo el tiempo. Y me dice mi hermana: «Por culpa tuya todo el mundo andaba atrás de tus enfermedades». Yo me enfermaba y me enfermaba. Pensaba que mi mamá no me quería, sentía que mi mamá no me quería. Así que cuando mi papá me dijo «ah, pero qué inteligente que es esta chica. Es María Luz, no es María Angélica» como que me dio un destino, un ser; me dio un lugar en la familia. Porque mis hermanas son todas más lindas que yo, son todas más altas que yo, son todas más flacas que yo, pero yo soy la más inteligente. En ese momento capaz que me lo creí. Ahora sé que no es así y sé que fue un invento de mi viejo. Pero eso es dar el ser, eso es la condena de Kafka, en el sentido bueno del término. Mi papá me adoptó a mí cuando dijo eso y para mí eso fue grandioso, porque yo obré en consecuencia. O sea, yo en la escuela primaria, antes de que mi maestra apareciera en mi vida, a los diez años les gané un concurso de lectura a los chicos de 12, porque era buena, porque mi papá había dicho que yo era inteligente y yo me comportaba como si lo fuera. Eso es importante, lo que tus padres dicen. Porque, en el relato familiar, mi mamá lloró cuando yo nací de la bronca que le dio tener otra mujer. Y es triste que te digan «ay, cuando vos naciste tu mamá te odiaba»; entonces va tu viejo y pone las cosas en

su lugar. Mi viejo era muy protector con mi mamá, con nosotros, con la mamá de él, con todos.

**J.P.:** ¿Y a quién has protegido vos?

**M.H.:** A mi hija. Yo anoche pensaba en los papás de la Flopi. Los dos padres de ella se murieron y ella se recibió; yo sentía que tenía que ir al festejo, porque la animé mucho para que empezara a estudiar. Entonces dije: «Bueno, voy a descansar una hora y me voy», me quedé una hora o algo así, poco tiempo, y me vine. Porque, ¿sabés qué?, los pibes están muy solos, la gente joven está muy sola porque, como no saben decir lo que sienten, las cosas les pasan. Me acuerdo que una vez estaba saliendo de la facultad y un pibe me dijo: «Con respecto a lo que dijo recién, yo no quiero tener 40 años y ser como usted» yo tenía como 50 años, entonces a mí me dio una risa. Y le digo: «Bueno Patricio, suerte con eso. Vos te arreglas con tu fantasía, nos vemos la clase que viene». Nada, íntimos amigos, porque yo no me voy a ofender porque un pibe me diga eso, ¿cómo me voy a ofender? Yo pienso: ese pibe está enojado con algo y se la agarra conmigo. Me reí. Cuando alguien se enoja con vos y no te conoce está enojado con alguien más, con alguien distinto. El pibe tenía un montón de problemas, siempre pasa, pero no da enojarte con una profesora. Porque cuando yo era estudiante y discutía con los profesores y les decía «lo que ustedes están diciendo es mentira, estudien marxismo», lo hacía desde una posición, no de piba que se siente sola, sino que lo hacía consciente de que lo que la profesora estaba diciendo era una pelotudez porque no sabía marxismo. Si un estudiante me dice «póngase a estudiar», ahí sí que me sentiría mal; pero no porque me digan «no quiero ser como usted a los 40 años», eso es gracioso.

**J.P.:** Esta mesa es muy significativa porque en esta mesa terminan sentados Fernando Callero, terminan sentados los Bitar, Andrés Cammisi, César Mazza, Analía Gerbaudo, Oscar Vallejos... ¿qué pasa con tus clases y esta mesa?

**M.H.:** Yo soy una persona muy afectuosa. Tengo un amigo que es psicoanalista, que vive en Buenos Aires, y cada vez que yo tenía un novio —y tuve unos cuantos— le contaba. Y me decía: «Siempre son extraordinarios tus novios, loca de mierda». Yo me flasheo con la gente. Cuando alguien me gusta, me gusta mucho; entonces lo demuestro. Soy una persona amable, a menos que te deteste o que te ignore, que también pasa. Soy una persona demostrativa, afectuosa, creo.

**C.M.:** Yo pienso en tanta gente valiosa, que ha hecho cosas importantes en la región, en Santa Fe y en Paraná, y todos te tienen en común a vos.

**M.H.:** Lo que pasa es que tampoco me la creo. Me invitaron hace una semana a dar una charla sobre feminismo y literatura en la radio de la Ochava Roma y les dije que no. Yo de feminismo no tengo idea, voy a salir y las mujeres me van a correr a los tomatazos, yo no voy. Después me llamaron para dar una charla sobre Historia del Teatro en el Teatro Municipal, y yo les dije: «¿Cuáles son mis honorarios?» porque no tengo que hacer currículum, y me dijeron «Lo justo» y yo les dije «¿Justo de justicia o de penar?». Claro «Lo justo»... ¿Quién sos? No fui. Y entonces me dicen «Ah, vos tenés perfil bajo» ¿En Santa Fe? ¿Qué tengo que hacer? Una alumna se quejó de mí hace unos meses y mandó una carta al departamento de Letras porque yo la había agredido y quería intervención en la mesa para cuando ella rindiera. Y un colega me dijo «ah, ¡cómo son los chicos de izquierda que te invitan a hablar de los 70!». Primero me enloquecí, después mi hija me dijo «eso es la democracia. No estás bien dando clases, un alumno se queja, aguantátela». Ayer veíamos con las pibas un video de Žižek sobre ideología, él dice: la ideología no te sujeta al mundo capitalista pidiéndote un sacrificio. No, te obliga a ser feliz. Entonces, cita una película de Hollywood donde un tipo encuentra una caja con anteojos de sol y el tipo va caminando por los Ángeles y ve una publicidad y cuando se pone los anteojos hay una palabra que dice «obedece». Después mira un dólar y dice «soy tu dios». Entonces el tipo dice: «Desideologizarse es muy difícil porque uno vive en la ideología». No es que tenés una creencia que podés cambiar. Sos eso. Ahí está la diferencia entre lo que te miran y lo que vos sos, o lo que ve tu hija que te conoce más, que se ríe de mí, digamos. Yo no me creo esas cosas, no las creo. Y no las creo por la literatura. No me creo nada. Yo me enamoro de algunas personas, profundamente, y lo demuestro. Me enamora la inteligencia, casi nada más; y la bondad me importa mucho, mirá que la bondad es una palabra difícil de definir. Pero hay gente que es muy buena y yo tengo una percepción de ese tipo. Que te puedo criticar cosas, pero cuando uno es muy joven está medio solo en el mundo; con los padres uno qué tiene que ver: nada. Yo de mi hija no sé nada, capaz que sé más de otros que de mi hija. Mi hija no me cuenta nada, porque aparte es igual que el padre, no te cuenta nada nunca. Pero no es que a mí me importe saber cosas, porque no me importa la gente. No me importan mucho las personas. Me importan algunas personas, muy pocas, contadas con los dedos de la mano y nadie más; me importan mucho. O te quiero o no te veo, o no existís. Capaz que estoy dando clases y le doy clases a un alumno, que veo que está interesado. Poca gente me resulta interesante. A mí me interesa más leer un libro, mirar una película o tener una conversación con alguien que quiero mucho. Por ejemplo, en las fiestas me recontra aburro porque yo no sé estar con un montón de gente diciendo pavadas, no sé hacer eso. Me quedo sentada fumando, saco fotos, por ejemplo, y me voy rápido, porque me aburro. Porque para mí conversar es estar sentada con alguien mano a mano y hablar; y me gusta mucho la gente joven, porque yo creo que hay una edad en la que uno se

vuelve estúpido, mal, los hombres peor que las mujeres. Las mujeres tenemos más aguante para ser interesantes, los hombres se vuelven bobos rápidamente. A los 45 años se vuelven bobos seriamente. El patriarcado nos jode a todos. Los hombres sufren muchísimo más o menos en esa edad. Yo creo que hay que tener mucho cuidado cuando uno va envejeciendo o creciendo, de no caer en la trampa: cástate, reproducete, cómprate una casa. No es así la vida.

**J.P.:** ¿Te acordás de cuando tuviste el acto por los 20 años del golpe en la Facultad?

**M.H.:** Sí, me acuerdo que los radicales me hicieron la cruz para siempre. Había como 800 personas. Yo estaba con la Queca Kofman, una de las Madres de Plaza de Mayo, leíamos algo entre las dos y estaba Pampa Chena, la decana, con quien me peleé.

**J.P.:** Vos habías preparado algo y Pampa estaba hablando de esa —mala— lectura que hacen los radicales de Habermas, hablando de la democracia como consenso. Vos habías preparado algo para leer, dejaste el texto de lado y arrancaste diciendo que fundamentalmente la democracia es un sistema para poder convivir en el disenso. Ahí se calló el auditorio porque le habías mojado la oreja a la decana en vivo y estaban todos los estudiantes ahí presentes, ¿por qué haces esas cosas?

**M.H.:** Una vez en un congreso de Educación, una profesora del Chaco dijo: «Entré a la dirección y ví un wichi», entonces yo me tiré en la mesa y le dije «señora, ¿tenía aspecto de ser humano?», esa mujer casi se muere. Es ridículo, como si un descendiente de los indios americanos fuera un extraterrestre. Bien antidocente, me enferman las ridiculeces.

**J.P.:** No tenés una actitud resignada...

**M.H.:** No, yo soy muy peleadora. Antes de 1996 le había dicho algo peor a la que era la decana anterior. Le dije: «Ustedes los radicales son peor que los militares; porque con los militares vos sabés a qué atenerte y ustedes hablan de república todo el tiempo y es mentira; y la facultad lo demuestra». Por eso me odian, pero bueno, uno tiene los enemigos que tiene que tener.

Te invitan a ser parte de un jurado de una chica que se está por recibir. Está la profesora, vos y no sé quién más, y la chica empieza diciendo «La literatura femenina» y yo digo «¿qué?, ¿qué cosa?» y responde «sí, porque las mujeres somos de mirar por la ventana y los hombres caminan por la calle». Me dio un ataque ¿qué pelotudez es esa? Aparte se lo estoy diciendo a ella y se lo estoy diciendo a la profesora que le enseñó que hay algo que se llama «literatura femenina». Le dije: «Esto es lo más tonto que he

escuchado en mi vida». No puedo evitar decir eso, si yo lo experimento. Qué se jodan por decir pavadas.

**C.M.:** ¿Qué crees que lograste transmitir?

**M.H.:** Hay gente extraordinaria, que vos la llamás a las siete de la mañana y le decís «tengo una laucha en la cortina» y viene el tipo y mata la laucha. ¿Quién hace eso?

**J.P.:** ¿Por qué la gente se junta en tu casa?

**M.H.:** Yo creo que se sienten protegidos de algún modo. Se sienten queridos. No sé. Eso lo tiene que decir la gente que se siente querida por mí. Y soy muy leal. Y sé decir «no sé», sé decir «me equivoqué», sé decir «soy una tarada» y sé decir «callate la boca». No soy una persona ambigua. Soy re clara y enseguida sabés cómo es.

Hay una novelita de un pibe que le gusta correr, le encanta correr, pero vive en un hogar de niños; tiene 15 años, una cosa así. Todos los días sale a correr; va a haber un campeonato y entonces a él lo dejan salir a correr porque es corredor. Quieren la medalla para la institución. Y él pierde, pero pierde porque él quiere, porque tiene poder sobre sí mismo. Y ahí hay algo muy genial que es: a mí no me van a domesticar utilizando lo que yo quiero para llenarse ustedes de medallas. *La soledad del corredor de fondo* se llama. Yo escribí un artículo que se llama «La soledad del asador». Cuando hace frío nadie sale porque hace frío y cuando hace calor todo el mundo está con el aire acondicionado. Para mí hacer un asado es un acto de generosidad. Hay un amor.

Mis alumnos de la escuela de teatro me decían «vos tendrías que hacer teatro». Yo soy muy teatral, sé que soy muy teatral, demuestro lo que siento. Totalmente. Y no me vas a asustar. Una vez apareció un alumno que me discutía todo lo que yo decía, todo. No decía tres palabras sin que el tipo me discutiera. Yo no le dije nada. Por ahí dijo «subconsciente» y le digo: «Estás equivocado». Casi se muere. Porque aparte se lo dije de un modo... Las pibas de adelante se mataban de la risa. A mí no me vas a correr sabiendo más que yo, ¿a mí que me importa si sabés más que yo? No me importa saber mucho, no me importa que me discutas. Ahora, la palabra, es «inconsciente». Andá a leer Freud. Se fue y no vino más. No sé por qué quería medir el pito conmigo. Yo no soy de tenerle miedo a las palabras, ni a las personas. Y soy muy expresiva. Cuando estudio algo y me enamoro de lo que estudio, eso se me nota. Creo que eso es importante. Y las relaciones de afecto son relaciones llenas de erotismo. El erotismo es maravilloso, porque es lo que hace que alguien te interese y que alguien no te interese; hay una corriente que pasa. Suponete, vos vas a un museo. A mí me pasó, viendo un cuadro de Botticelli. Se me caían las lágrimas. Decí que no estaba *La primavera*, estaba *El nacimiento de Venus*. No lloré

con Van Gogh y lloraba con Botticelli? Hay una energía que va del artista hasta vos en una obra de arte, que vos no sabés por qué se juntan. ¿Por qué uno llora?, ¿qué transmite una obra a tu corazón que es analfabeto en pintura? Es medio misterioso, pero tiene que ver con la palabra afecto y con la palabra afectación. Estar afectado por el otro es entrar en un circuito erótico, amoroso, de cuidado. Es una reunión. Hay una palabra anti-pática que es «alma», yo creo que es algo de ese orden, espiritual. Vos esa relación la tenés con tu disciplina, no la tenés con tus alumnos cuando das clases. Yo estoy leyendo Freud, suponete, *Tótem y tabú*, y un libro de Žižek que no sé cómo se llama y yo voy a dar Pragmática, y digo: «Freud dice...» yo empiezo hablando de Freud porque es lo que estoy leyendo y es lo que a mí me gusta. Y después me las arreglo. Pero yo hablo de las cosas que a mí me gustan, no puedo hablar de lo que no quiero. Y si acabo de ver una película sobre los judíos jasídicos en Brooklyn, empiezo la clase hablando de los judíos en Brooklyn y de cómo atormentan a las mujeres. Cuando vos estás hablando de algo que te gustó, los demás sienten esa afectación que vos tuviste. Eso se transmite. Eso transmitís. Y la hostilidad del mundo es tan grande que arrasa a los pibes, los arrasa. Estábamos con las pibas de Análisis del Discurso y les pregunté si querían casarse y tener hijos, y una dijo: «Yo no quiero tener hijos», y todos la miraron. Estábamos hablando de la ideología. Entonces le dice una «*todavía* no querés tener hijos», y dice otra «no, claro, hay un momento en que a una le hace el clic de tener un hijo», y ella insistía: «Yo no quiero tener hijos». Bueno, cuando ustedes sean profesores y tengan un estudiante que no coincide con su punto de vista, vos tenés que tener una política clara, que es el respeto. Que es decir: dijiste eso, ok, yo no estoy de acuerdo, pero te voy a fundamentar por qué. Pero no denigrar al otro porque no piensa como vos. A eso lo aprendés. Tu mamá a vos no te dice palabras, te da mazazos en la cabeza cada vez que habla; los profesores también. Tenés que tener cuidado con lo que decís. Vos tenés que entender de qué se trata. ¿Cuántas veces ustedes me hacen callar si yo hablo de los pobres? Bueno, mi hija es la que más me hace callar. Yo digo «bueno, ya no existe más la dictadura» y ella me dice «en los barrios eso no pasó» y yo aprendo, yo escucho lo que ella me dice. Atentamente. Porque es su integridad. Vos no podés andar jodiendo con la integridad de los demás, ni de tus alumnos. Vos podés pelearte, que es una cosa. Pero ¿disparar al centro del corazón?, eso es ser asesino. No tenés que hacer eso, mejor que no lo hagás. Es lo más beneficioso, a propósito de la palabra. Porque ¿para qué?, tenés que tener un objetivo. Nada de lo que vos decís es inocente, nada.

### **Sobre el autor**

Juan Pascual es licenciado en Comunicación Social. Es coordinador de la Tecnicatura en Producción Editorial (FCEdu-UNER). Profesor adjunto en el Taller de Redacción de la Licenciatura en Comunicación Social de la misma Facultad, donde se inició como docente junto a Guillermo Alfieri y María Elena Lothringer.

En 2007 se integró como Jefe de Trabajos Prácticos a la cátedra de la profesora María Angélica Hechim en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL, donde actualmente se desempeña como docente de Análisis del discurso y del Seminario Lenguaje, cultura y pensamiento, de la Licenciatura en Letras.

Junto con Ezequiel Nieva, dirige el periódico Pausa, de la ciudad de Santa Fe.